



E
X
L
I
B
R
I
S

LUIS LUJAN MUÑOZ

Luis
P. J. Paulina

Luis Luján Muñoz
54.7

APUNTAMIENTOS

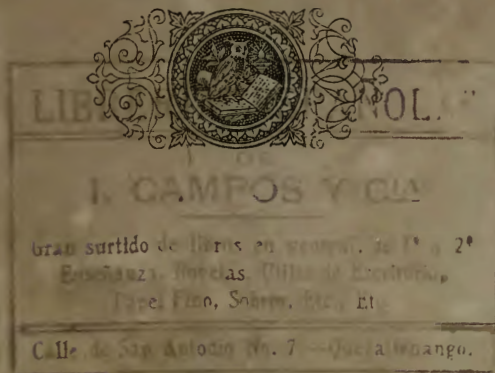
SOBRE

ECONOMÍA POLÍTICA

POR EL

Doctor Lorenzo Montúfar.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala



GUATEMALA.

TIP. "LA UNIÓN:" 8ª CALLE PONIENTE NÚM. 6.

1887.

PROLOGO.

En 1886, á solicitud del Lic. Ascensión Esquivel, presidente del Colegio de Abogados de Costa Rica, y Ministro de Relaciones Exteriores de aquel país, entonces y ahora, se acordó la creación en San José de una cátedra de Economía Política.

La elección de catedrático la hizo el mismo Colegio y recayó en mí.

Acepté el cargo y me produjo dificultades el texto que debía adoptarse.

Obras de mucho volumen, aunque llenas de sabiduría, no son didácticas.

Textos lacónicos extranjeros, suelen parecer inadecuados para nosotros, atendida la índole y peculiaridades de nuestros países.

Me pareció, pues, mejor sistema, estudiar en diferentes obras las doctrinas que debía exponer en clase y narrar lo estudiado.

Esto me condujo á ir formando apuntamientos, y ya escritos, comprendí la necesidad de que cada uno de los jóvenes cursantes tuviera un ejemplar, no como colección de dogmas, sino como materias de estudio, que podían aceptar ó combatir, ó modificar, como tuviesen por conveniente, llevando á la cátedra sus observaciones, para que allí se discutieran y pudiesen marcarse los errores del texto.

El joven Juan Vicente Quirós, redactor de la LA REPÚBLICA, periódico de San José de Costa Rica, me favoreció insertando como folletín mis apuntamientos, y pude obtener lo que deseaba.

Serví la cátedra de Economía Política hasta el mes de junio del año próximo pasado.

Entonces se me llamó de Guatemala para que ocupara el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Quedaron, pues, los apuntamientos sobre Economía, sin concluir.

Hallándome en Guatemala, algunos amigos me instaron para que los concluyera y se hiciese aquí una nueva edición.

Accediendo á esa solicitud escribí algunas líneas sobre contribuciones, crédito público y empréstitos.

Estos apuntes, preparados para la juventud de Costa Rica, los presento ahora á toda la juventud liberal de Centro-América, no como lecciones, que estoy muy distante de creer que puedo dictar, sino como bases y materias de estudio reunidas, á fin de que sean modificadas y corregidas por su elevada inteligencia.

Tengo una gran deuda de gratitud por las manifestaciones de aprecio y benevolencia con que la juventud liberal centro-americana me ha honrado, no en el poder, sino en el destierro y en el infortunio.

Desearía dedicarle, como una demostración de agradecimiento, un trabajo digno de ella; pero no teniéndolo, le ruego que acepte bondadosamente la dedicatoria de estos insignificantes apuntamientos.

Guatemala, abril 21 de 1888.

Lorenzo Montúfar.

APUNTAMIENTOS SOBRE ECONOMÍA POLÍTICA

POR EL

DR. LORENZO MONTUFAR.



CAPÍTULO I.

Nociones preliminares.

Dice Garnier que la economía social considera las leyes que preceden al desarrollo de las sociedades humanas, é investiga los medios de hacer á éstas felices y poderosas; y agrega que comprende, entre otras ciencias, la economía política.

No puede haber sociedades sin forma ó estructura.

La ciencia constitucional será pues una parte de la economía social.

No puede existir una sociedad sin que las diversas partes que constituyen su organismo funcionen debidamente.

Entonces, el derecho administrativo será una parte de la economía social.

La sociedad necesita leyes secundarias sobre diversos ramos, y el conjunto de ellas forma también parte de la economía social.

No se engrandecerá la sociedad si no se desarrollan sus riquezas, y si no se distribuyen debidamente.

En tal concepto, la economía política será también una parte de la vasta ciencia que se llama economía social.

La economía política, que trata de la producción, del desarrollo de las riquezas y de sus debidas distribuciones ¿será ciencia ó arte?

El arte consiste en una serie de preceptos ó de reglas, que sirven para obtener un resultado favorable, en determinada materia.

La ciencia, dice una obra económica escrita por una sociedad de sabios, es el conocimiento de la verdad, adquirido por la observación.

La ciencia observa, expone, explica.

El arte prescribe y dirige.

Cuando un astrónomo observa y describe el curso de los astros, procede según la ciencia.

Cuando hechas estas observaciones, se fijan, conforme á ellas, las reglas de la navegación, se procede según el arte.

La ciencia, dicen las autoridades á que me refiero, no es más que el conocimiento de la verdad; y el arte un conjunto de reglas que se deducen de esa verdad y se aplican á objetos determinados.

Cuando se observan los fenómenos de la naturaleza, respecto de la producción y el consumo, tenemos la ciencia.

Cuando se aplican estas verdades, y de ellas se deducen reglas, tenemos el arte.

Las verdades de una sola ciencia pueden ser útiles á muchas artes.

La geometría dirige los trabajos del ingeniero, del navegante, del artillero, del arquitecto, &c.

Las matemáticas puras son una ciencia; sus aplicaciones son el arte.

Una escuela politécnica se ha considerado como el santuario de la ciencia pura.

Se desea saber si la ciencia precede al arte ó viceversa.

Regularmente la ciencia precede al arte, que no es más que una deducción de ella; pero algunas veces el arte precede á la ciencia.

En la infancia de las naciones el hombre se lanzaba á conseguir aquello de que tenía absoluta necesidad, y después de obtenido se prescribía reglas para conseguir el mismo resultado.

Más tarde se hicieron estudios de los fenómenos de la naturaleza y apareció la ciencia, á la cual se subordinaron las subsiguientes labores sobre el mismo objeto.

Primero se hicieron chozas; después se dieron reglas para construir habitaciones, y luego se conoció la ciencia y se palparon los principios, de que las reglas debían ser una emanación, y con ellos se levantaron suntuosos edificios.

Las reglas sobre la producción, sobre el desarrollo de las riquezas y sus distribuciones, no son arbitrarias; están subordinadas á las ciencias, que son las grandes verdades escritas en el libro inmortal de la naturaleza, que no se puede conculcar sin producir efectos desastrosos.

Dice Garnier que se entiende por riqueza, riquezas ó bienes, todo lo que sirve para satisfacer nuestras necesidades y nuestros placeres materiales ó morales.

Los romanos decían que toda definición en derecho civil es peligrosa; y creo que el peligro no está sólo en las definiciones sobre el derecho civil, sino en todas.

Hay hombres que gozan mirando el sufrimiento ajeno.

Calvino gozó mirando las angustias de Servet, á quien hizo morir á fuego lento.

Yo no creo que este maligno placer pueda llamarse una riqueza, por más que Garnier diga que riqueza es todo lo que sirve para satisfacer nuestros placeres materiales ó morales.

Nerón gozó mirando las llamaradas que destruían á Roma, y ese placer no puede llamarse una riqueza.

Creo que la mente del autor no comprende tanto como sus palabras, y que su intención fué hablar de aquellos placeres que son indispensables para mantener la vida; de los que ilustran; de los que atenúan ó disminuyen los infortunios.

Adán Smith dice que un hombre es rico ó pobre, según los mayores ó menores medios que tenga para proporcionarse lo que es necesario, útil y agradable.

El que tiene abundancia de estos medios es rico, y el que carece de ellos es pobre.

Sin embargo hay diferencia entre riqueza en el sentido vulgar y riqueza en el sentido económico.

En el sentido vulgar, riqueza es la opulencia, y en el sentido económico es todo lo que sirve para satisfacer nuestras necesidades, aunque sea poco.

La diferencia en economía, entre el opulento y el que sólo tiene lo necesario para la vida, consiste en que aquel tiene muchas riquezas y este tiene pocas.

Las riquezas, según algunos economistas, se dividen en materiales ó inmateriales, en naturales y artificiales.

Las riquezas materiales están en las cosas, como el aire, la tierra, los alimentos.

Las riquezas inmateriales están en el hombre, como el talento, la honradez.

Se llaman riquezas naturales las que produce sólo la naturaleza, ya en las cosas como el aire, la luz, la fuerza del vapor, la electricidad, la fuerza vegetal, los metales; ya en el hombre como las facultades intelectuales, como las facultades físicas.

La naturaleza ha dado algunas riquezas naturales con profusión, como el aire y la luz.

Estas no son susceptibles de que sobre ellas se grave el dominio. Tienen el carácter de comunes y gratuitas.

Otras riquezas naturales hay que son susceptibles de adquisición, v. g. los minerales, los baldíos.

Son riquezas artificiales todas las que resultan del trabajo del hombre.

Dice Seneuil que el nombre de riquezas debe reservarse á los objetos materiales, útiles y apropiados: que de este modo es fácil separar en el pensamiento lo que es riqueza y lo que no lo es, por la simple hipótesis de un inventario: que son riquezas todos los objetos que pueden figurar en el inventario, por el estilo del que forman actualmente los comerciantes; y que no debe contarse entre las riquezas lo que no pueda figurar en tal inventario.

No estoy de acuerdo con esa opinión.

Ni Seneuil ni ningún otro economista podrá negar que una máquina productiva es una riqueza.

Pues el hombre es una máquina humana.

Cuanto mejores sean sus cualidades, tanto mayores serán sus productos.

El imbécil nada produce. Si llega á producir algo, es muy poco.

El hombre de talento produce mucho.

Pero el talento, que no se puede colocar en el inventario de un comerciante, es una riqueza.

Si el talento está cultivado será mayor riqueza.

¡Cuánto han producido las pinturas de Rafael y las estatuas de Miguel Àngel!

¡Cuánto produjo la habilidad de Paganini!

¡Cuántos valores han producido el talento de Fránklin, que inventó el pararrayo; el de Fulton, que creó, en sus condiciones prácticas, la navegación por medio del vapor; el de Morse, que condujo el pensamiento con la rapidez de la electricidad, á grandes distancias!

¿Será lo mismo riqueza que utilidad?

Riqueza, dicen los economistas, es la cosa misma, y utilidad es la cualidad ó cualidades propias para que aquella cosa satisfaga nuestras necesidades.

Un pez en el mar es una riqueza; pero carece de utilidad.

El pescador lo extrae y lo hace útil.

Una fiera en el bosque es una riqueza; pero á nadie aprovecha.

El cazador la hace útil.

En las entrañas de la tierra el oro es una riqueza; pero no es útil.

El minero lo extrae y le da utilidad.

La utilidad es artificial, proveniente de la acción del hombre, como se ve en los ejemplos que se han presentado, ó natural, que proviene de la naturaleza misma.

El que tiene necesidad de madera para hacer una mesa de caoba, no podrá hacerla ni con pino ni con cedro.

La utilidad de la madera para él está, en aquel caso,

en la calidad de ella, sin la cual no podrá construir la mesa que necesita.

El que necesita conchas, de ciertos tamaños, no podrá llenar sus deseos con aquellas que no tengan las dimensiones para el objeto.

La utilidad, dicen los economistas, puede ser directa ó indirecta.

Es directa cuando estriba en la posibilidad de una aplicación inmediata.

Es indirecta cuando las cosas no sirven para satisfacer nuestras necesidades, pero con ellas adquirimos lo que necesitamos.

Un ejemplo feliz presenta Garnier.

Un hombre, dice, posee dos pedazos de pan; con el uno sacia su hambre, y esta es la utilidad directa; con el otro adquiere en cambio un líquido para apagar su sed, y esta es la utilidad indirecta.

Desde Adán Smith hasta hoy se ha llamado generalmente á la primera, utilidad en uso, y á la segunda utilidad en cambio.

Algunos economistas dicen: valor en uso y valor en cambio.

Del valor hablaré en seguida, y continuaré ahora tratando de la utilidad.

Aquellas cosas que la naturaleza da con profusión, como el aire y la luz, son útiles, utilísimas: no podemos vivir sin ellas.

Su utilidad es directa.

El aire nos sirve para respirar.—La luz nos vivifica, pero ni con el aire ni con la luz, en circunstancias normales, podemos adquirir otros objetos.

No se puede ofrecer aire en cambio de pan, ni luz en cambio de vino.

El aire y la luz dan grande utilidad en uso; pero no dan ninguna en cambio.

El que tiene más cantidad de pan de lo necesario, ó más cantidad de vino, con el sobrante puede adquirir lo que le falta.

Por consiguiente el pan, el vino y todos los objetos se-

mejantes, no sólo tienen utilidad en uso, sino también utilidad en cambio.

Para que el aire tenga utilidad en cambio, será preciso suponer circunstancias extraordinarias.

En las navegaciones submarinas, una cantidad de aire, recogida para la respiración, podría tener un valor en cambio muy grande.

¿Qué es valor?

Grandes economistas dicen que para dar una idea justa y precisa del valor, es indispensable entrar en varias explicaciones.

Ellos agregan que las cosas cuya posesión es necesaria, útil ó agradable, son numerosas y diversas, y ninguno puede obtener lo que le falta sin dar ó ceder otras que están á su disposición.

De los cambios que determinan en qué cantidad una cosa es aceptada por otra, se deduce la relación del valor.

Algunos economistas presentan ejemplos como el siguiente: el cambio de un hectólitro de vino por un hectólitro de trigo que da á los dos productos un valor relativo.

El valor es la cualidad de una cosa que la hace estimar tanto como otra, ó que la hace equivalente á otra.

El valor se manifiesta por el cambio.

Para que haya valor es preciso que la cosa tenga dos cualidades: utilidad y capacidad para ser cambiada.

No se puede concebir el valor sin la utilidad.

Tampoco se puede concebir la utilidad sin la necesidad ó la conveniencia.

No habiendo necesidad de una casa, ó no conviniendo esta, no es útil, y no siendo útil no puede tener valor.

Establecida la moneda se disminuyeron los trueques, y el dinero sirvió de término de comparación para calcular el valor.

De la moneda hablaré en capítulo separado.

¿Será lo mismo precio que valor?

Ya hemos visto lo que es valor; precio es la cantidad en moneda que se da por una cosa.

Esta cantidad puede ser mayor ó menor sin que el valor de la cosa haya variado.

Puede ser que lo que varía sea el valor del oro y la plata, por su aumento ó disminución.

El precio es de dos clases: real, natural ú originario, y corriente.

Se llama precio real, natural ú originario el que tiene el producto en manos del productor.

Los elementos de este precio son: 1. ° el salario ó la retribución de los obreros: 2. ° el interés del capital invertido en el producto de que se trata: 3. ° la renta del suelo.

El precio corriente ó precio del mercado, lo establecen las relaciones entre el comprador y el vendedor.

Es esencialmente movable y variable.

Su alza y su baja dependen de la demanda y de la oferta.

Cuando hay mucha demanda y poca oferta, el precio sube.

Cuando hay mucha oferta y poca demanda, el precio baja.

También el precio natural está sujeto á las alzas y á las bajas, porque los salarios aumentan ó disminuyen; porque el interés del capital unas veces sube y otras veces baja, y porque la renta de la tierra tiene la misma suerte.

Debo, pues, concluir este capítulo diciendo que todo precio es esencialmente variable.



CAPÍTULO II.

De la moneda.

En el principio de las sociedades no hubo compras ni ventas.

La compraventa supone la existencia de la moneda, que no se conocía entonces.

Todo lo que se llama hoy transacciones se verificaba por medio de trueques.

El cazador que tenía más animales aprehendidos de los que necesitaba para su consumo, y que carecía de granos, buscaba una persona que le diera lo que él necesitaba, en cambio de lo que tenía.

El pescador que había extraído más peces de los que podía consumir, buscaba quién le diera vestidos ú otros objetos de que tenía absoluta necesidad, en cambio de peces.

El que en la infancia del arte había dado á determinadas materias formas útiles, buscaba quién le diera en cambio de aquellos objetos, alimentos y vestidos.

Este procedimiento presentaba dificultades.

No siempre el que tenía granos necesitaba la carne que en cambio de ellos le ofrecía el cazador; y éste con un acopio de caza no podía obtener un grano de maíz, de trigo, de cebada.

El pescador que tenía una gran cantidad de peces, no siempre podía conseguir con ellos los vestidos ó las otras cosas indispensables, porque los poseedores de ellas no querían recibir peces en cambio.

Lo mismo sucedía al que había dado nuevas formas á materias primeras, si los poseedores de los objetos que él necesitaba no querían darlos en cambio de aquellas materias.

Fué preciso, para salvar tan graves dificultades, buscar cosas aceptables por todos, que sirvieran de intermedio en las transacciones.

Hecha la elección, el que tenía un sobrante de caza, de pesca ó de sustancias primeras, por él trasformadas, buscaba esos objetos intermediarios, y con ellos podía proveerse de todo.

En lo antiguo sirvió de objeto intermediario el ganado, que en latín se llama *pecus*; y por eso más tarde la moneda se denominó *pecunia*.

Las armas de Diomedes, dice Homero, citado por Smith, costaron nueve bueyes.

Las armas de Glauco costaron cien bueyes.

Dice Smith que en la Abisinia fué la sal el instrumento de los cambios:

Que en algunas costas de la India servían al efecto las conchas:

Que en Terranova el objeto intermediario era el pescado salado:

Que el tabaco lo era en Virginia:

El azúcar en algunas de las colonias inglesas:

Los cueros curtidos en otros países.

Agrega que en Escocia es muy común que un artesano lleve clavos, en lugar de moneda, á la panadería y á la taberna.

En la América los granos han servido de objeto intermediario.

Era mejor tener estos objetos intermediarios, que hacer trueques directos.

Pero las necesidades del tráfico no estaban satisfechas.

El que tenía un buey no podía adquirir con él una serie de pequeñas cosas que le eran necesarias.

Le era preciso matar el buey, y dar carne en cambio de objetos de pequeño valor.

Pero no todos los que tenían productos de pequeño

valor, querían darlos en cambio de carne, y al poseedor del buey se le presentaban las mismas dificultades que existían antes de que el ganado hubiera sido admitido como objeto intermediario en las transacciones.

La sal de Abisinia tampoco podía llenar las necesidades que el movimiento demanda.

Su poco valor era un grande obstáculo, porque se necesitaban considerables cantidades de sal para cualquiera negociación.

Si era preciso llevar este valor, de un punto á otro, el transporte era difícil y molesto.

Además, no en todas partes la sal, que se llevaba de Abisinia, era aceptada como objeto intermedio en las transacciones.

Lo mismo sucedía con las conchas de la India y con el pescado salado de Terranova.

El tabaco de Virginia y el azúcar de las colonias inglesas eran más aceptables; pero además del mucho volumen y no gran valor, que hacían difíciles los trasportes, no en todos los países eran igualmente recibidos.

Esto dió lugar á que se diera preferencia á los metales.

En Esparta se aceptó el hierro.

Licurgo creó una moneda de hierro, tan pesada y tan de poco valor, que, según dice Segur, era menester una carreta tirada por bueyes para trasportar una suma de dos mil reales.

El legislador de Esparta no ignoraba las dificultades que su moneda presentaría en el comercio; pero en sus ideas estaba mantener esas dificultades que hoy se miran como una calamidad.

En los cálculos de Licurgo se debía remover todo tráfico que fomentara el lujo y las artes frívolas, y que estableciera desigualdades entre los hombres; y á ese fin se dirigían muchas de sus disposiciones.

Roma aceptó el cobre, y las naciones modernas el oro y la plata.

Al principio se traficaba con estos metales en barras toscas.

La primera moneda acuñada que hubo en Roma apareció en tiempo de Servio Tulio.

Era muy incómodo el uso de las barras toscas.

Se guardaban con dificultad.

No se podía hacer negociaciones con barras sin pesarlas, y sin practicar un reconocimiento de los metales.

En cada transacción, grande ó pequeña, se necesitaba el peso.

Refiere el capítulo XXIII del Génesis, que Abraham adquirió una posesión en la tierra de Canaán, para dar sepulcro á Sara, y que fueron pesados cuatrocientos siclos de plata que la posesión valía.

Expositores de este pasaje dicen: "Es cosa muy averiguada, que en aquellos tiempos ni los hebreos, ni los cananeos, ni los egipcios tenían moneda alguna acuñada; pero en su lugar, se valían para el comercio de ciertas piezas de plata ú oro de un peso determinado."

No bastaba el peso: era preciso la calificación.

¿Quién podría estar seguro de que el metal que se le daba realmente era de las calidades requeridas?

Para averiguarlo, se necesitaba pericia y dilatadas investigaciones.

A fin de librar al pueblo de tan graves dificultades, se establecieron los sellos.

Los primeros que hubo sólo tuvieron por objeto asegurar la finura y bondad del metal.

Más tarde hubo un segundo sello que determinó el peso.

Teniendo el oro y la plata el sello de la calidad, y el sello de la cantidad, el pueblo puede confiar en esos signos, y practicar sin dificultad, las operaciones más valiosas.

Así quedó establecida la moneda como un instrumento universal del comercio.

Entre todos los metales, la plata y el oro han tenido la mayor aceptación, por sus cualidades especiales.

La plata y el oro son metales dúctiles, sólidos y resistentes.

Se gastan poco con el uso.

La plata y el oro pueden dividirse todo lo que se quiera, sin que en las divisiones haya pérdida.

No sólo sirven el oro y la plata para monedas, sino tam-

bién para otros usos, lo cual les da mayor valor intrínseco, independiente de su calidad monetaria.

La plata y el oro pueden trasportarse fácilmente, porque pequeños volúmenes contienen grandes valores.

Por esto, en todas las naciones civilizadas se usa el oro y la plata en calidad de moneda.

De aquí viene que el vulgo no conciba la moneda, sino cuando se habla de plata y oro.

La moneda no se nos presenta pura: tiene mezcla de cobre.

Esto hace indispensable el ensayo, para saber qué cantidad de cobre existe, antes de grabarle el sello.

Se habla de la ley de la moneda, porque la cantidad de cobre que lleva está fijada por la ley.

Se piensa que la liga es indispensable para dar á la moneda de oro y plata más duración.

De dicha liga han solido abusar los gobiernos de diferentes naciones, aumentándola sin disminuir el valor de la moneda.

Este es un engaño que inutiliza el sello relativo á la calidad de los metales.

Los gobiernos no pueden imprimir á la moneda un valor ficticio.

Tampoco pueden impedir las diferencias de valor que el mercado fija á los diferentes metales.

Toda la omnipotencia del Czar de Rusia ó del Sultán de Turquía no basta para que los productos que se obtienen hoy en San Petersburgo ó en Constantinopla por una onza de oro, puedan obtenerse por media onza ó por una cuarta parte de ella.

Esto equivale á decir que no puede el Czar ni el Sultán dar al metal más valor del que le fija el mercado.

En algunos países, como Inglaterra, el gobierno es fabricante de moneda.

En las casas de moneda los empleados sirven directamente al gobierno y trabajan por su cuenta.

En otros países, como en Francia, las casas de moneda se han considerado como empresas particulares.

Sin embargo de esta consideración han estado siempre sujetas á leyes muy severas.

En uno y otro sistema, los particulares tienen derecho de llevar sus metales á la casa de moneda para que sean acuñadas pagando un tanto por ciento.

En algunos países se ha hecho un abuso del cuño.

Se han tomado monedas extranjeras de uso corriente para reacuñarlas con más liga.

Con esto gana el gobierno momentáneamente; pero pierde el público.

Debe tenerse presente que el gobierno es parte del público, y que la prosperidad ó desgracia pública recae sobre él.

No debe olvidarse que el gobierno es rico cuando lo es el pueblo, ni que el mejor modo de repletar el tesoro nacional es abrir al pueblo las fuentes de riqueza, para que aumente sus capitales.

Las pruebas de estas verdades se presentarán á cada paso en estos apuntamientos.

El cuño es muy útil para los metales del país; pero puede ser nocivo si se convierte en un instrumento que, haciendo mala la moneda buena, priva al pueblo del valor que forma la diferencia entre lo bueno y lo malo.

El cobre sólo se emplea hoy en pequeñas cantidades, y se destina á los negocios de poco valor.

En Inglaterra la moneda de cobre sólo es obligatoria por el valor de un chelín.

En Francia sólo es obligatoria por el valor de un franco.

Poco há que el gobierno mejicano quiso hacer obligatoria la moneda de níquel; pero no la aceptó el pueblo: hubo movimientos revolucionarios, y el poder ejecutivo federal tuvo necesidad de retirarla.

Antiguamente en Centro-América el peso se dividía en ocho reales, el real en dos medios, el medio en dos cuartillos.

Se necesitaban monedas menores que el cuartillo, y se acudía á imaginarias, como las raciones, las medias raciones.

Hoy que el peso se considera dividido en cien centavos; y que el centavo es moneda efectiva de cobre, aquellas monedas imaginarias han desaparecido en unos estados, y van desapareciendo en otros.

CAPÍTULO III.

Diferencias entre el valor del oro y la plata.

Se ha dicho que el precio es originario, natural, real ó corriente: que el primero es el que tienen los productos en manos de los productores; y que para calcularlo es preciso tener en cuenta el valor del jornal, el interés del dinero y la renta del suelo.

Se ha dicho que el precio corriente lo establecen las relaciones entre compradores y vendedores: que sube cuando hay mucha demanda y poca oferta: que baja cuando hay mucha oferta y poca demanda.

Estas verdades generalísimas comprenden todos los objetos, sin exceptuar el oro y la plata.

Cuando hay muy poco oro y muy poca plata, el valor de estos metales sube.

Cuando hay mucho oro y mucha plata el valor de ellos baja.

Algunos economistas creen que desde Julio César hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo, el valor de la plata fué en escala descendente.

Esto provenía de que las minas de plata produjeron más metal del que destruía el uso.

Las minas de América daban oro y plata en abundancia, y tan pronto como aumentó el producto, disminuyó su precio.

Digno es de notarse que la baja del oro y de la plata no fué igual.

El oro levantó su valor, esto es, su precio corriente respecto de la plata.

¿De qué provenía esto?

Algunos escritores aseguran que provenía de que las minas de plata eran más abundantes que las minas de oro.

Aumentándose más la plata que el oro, natural era que el valor de la plata bajara más que el valor del oro.

Mr. Meggens, citado por varios economistas, dice que á Europa llegaba más plata que oro, y agrega que la proporción entre las cantidades de oro y plata, que iban á Europa, está en la proporción de uno á veintidós.

Quiere decir que por cada onza de oro que llegaba á Europa se recibían allá veintidós de plata.

Según esto, el valor del oro debería ser veintidós veces mayor que el de la plata.

Siendo así, una onza de oro debería ser equivalente á veintidós onzas de plata.

No obstante este cálculo, la equivalencia es menor.

Algunos atribuyen este resultado á las grandes cantidades de plata que han salido de Europa para la India Oriental.

Otros sostienen que siendo la plata más abundante que el oro, es más empleada que éste, en diversos usos.

Agregan que esos diversos usos producen un gran consumo de plata.

La experiencia nos demuestra esta verdad.

Hay países cuyo servicio de mesa es de plata.

Calcúlese la cantidad de plata que se emplea en este género de servicio en una ciudad como Madrid ó como Sevilla.

No sucede lo mismo con el oro.—Sólo por rareza se encuentra en el mundo un servicio de oro, como el que tiene el Lord Mayor en Londres.

El que haya estado en el santuario de Guadalupe de Méjico, habrá visto retablos, barandas, candelabros, lámparas y otros objetos de plata maciza.

En el santuario de Esquipulas, de Centro-América, se ven también muchos objetos de plata maciza.

Casi lo mismo sucede en todos los templos de lujo que tiene el mundo.

Los objetos de oro no abundan ni aun en los templos.

Suelen ser tan raros, que á la historia de Centro-América corresponde el robo de cuatro blandones de oro, que se hizo en la catedral de la Nueva Guatemala la víspera del estreno de aquel templo.

El oro es tan dúctil y divisible, que una pequeña cantidad basta para comunicar su color á una multitud de objetos.

Pueden estos ser de plata ó de cualquiera otra materia, y ostentar el inimitable color de oro, que no sólo brilla en los altares, sino hasta en la cúpula de suntuosos edificios de Francia.

La relación del oro y la plata en Francia, ha estado á razón de quince y medio á uno.

Es decir, que lo mismo ha sido tener un gramo de oro que quince y medio gramos de plata.

De lo expuesto se deduce que el valor del oro y de la plata lo produce su abundancia ó escasez: que la diferencia entre el valor del uno y del otro, procede del aumento ó disminución que cada uno tenga respecto del otro.



CAPÍTULO IV.

Propiedades del valor.

Para determinar algunas propiedades del valor, Garnier nos presenta las tres siguientes proposiciones:

1. º — Todos los valores iguales son igualmente preciosos.

2. º — Para que un valor sea una riqueza es preciso que sea un valor reconocido, no solamente por el poseedor, sino por cualquier otro individuo.

3. º — La principal propiedad del valor es ser esencialmente variable.

La primera proposición tiende á desvanecer el error de los que creen que la única riqueza es el metal.

Para no incurrir en equivocaciones es preciso entenderla debidamente.

Es verdad que todos los valores iguales son igualmente preciosos, cualesquiera que sean las materias que los representen; pero no todas las materias presentan las mismas seguridades ni las mismas comodidades para la custodia del valor.

Muchos objetos se deterioran fácilmente, y otros muchos se destruyen con rapidez.

¿Qué haría en un país pequeño quien tuviera cien mil pesos en legumbres?

No encontraría plaza de mercado para ellas, y antes de poder vender una parte se podriría el todo.

No le sucedería lo mismo al que tuviera cien mil pesos en oro.

No es preciso para sufrir pérdidas, que el producto sea tan destructible como las legumbres. Otros objetos están expuestos á incidentes que no destruyen el oro ni la plata.

Garnier presenta un ejemplo para demostrar la identidad de los valores.

Dice que la Francia tiene sobre treinta y dos millones de hombres: que tres cuartas partes, ó sean veinticuatro millones usan zapatos, y consumen cuatro pares al año.

Agrega que esto supone noventa y seis millones de pares de zapatos y que con la exportación pueden elevarse á cien millones.

Asegura que los zapateros de que habla aumentan en tres francos el valor del cuero que emplean: que cada zapatero gasta dos días para hacer un par de zapatos, ganando por lo ménos un franco al día.

Expresa que cien millones de pares de zapatos á tres francos, valen tres millones de francos, sin contar los valores producidos por los curtidores, por los fabricantes de telas, de cintas, etc., que han suministrado las materias primeras.

Afirma que las minas del Perú, del Brasil y de Méjico, sólo producen doscientos treinta y cuatro millones de francos; y concluye sosteniendo que los zapateros de Francia producen ellos solos más valores que esas minas.

Lo mismo que Garnier dice de los zapateros, puede decirse del producto de los carpinteros, de los herreros y de todos los artesanos.

Entonces ¿por qué no hay en Francia, y en todas las naciones que están en las mismas circunstancias que ella, una aglomeración de valores, como hubo en España una aglomeración de oro y de plata cuando se descubrieron las minas de América?

La razón es muy sencilla y está á la vista de todos.

Los zapatos se destruyen, y destruidos desaparece su valor.

El oro y la plata son consistentes, y para que se destruyan con el uso se necesitan siglos.

Los muebles y otros muchos objetos, aunque no se destruyen tan pronto como los zapatos, no duran tanto como el

oro y la plata, y al desaparecer desaparecen los valores que representaban.

Dice Garnier que para que un valor sea una riqueza es preciso que sea un valor reconocido, no solamente por el poseedor, sino por cualquiera otro individuo.

Es verdad, pero el ejemplo que propone es objetable.

Dice que si nadie da por una casa más que seis mil pesos, es prueba de que realmente no vale más.

Este pensamiento coincide con una creencia muy generalizada, según la cual las cosas valen lo que dan por ellas.

¿De qué precio se habla, del corriente ó del originario?

No puede hablarse del originario, porque éste no lo marca la oferta, sino el costo.

Ya hemos visto que los elementos de este precio son el salario ó retribución de los obreros: el interés del capital invertido, y la renta del suelo.

Si todo esto vale diez, quince ó veinte mil pesos, el precio real de la casa no serán seis mil pesos, aunque sólo seis mil se ofrezca por ella en un día determinado.

Se habla, pues, del precio corriente, que establece las relaciones entre compradores y vendedores, y que sube ó baja á medida que sube ó baja la demanda y la oferta.

Aun hablándose de él no es cierto en absoluto que una cosa vale lo que dan por ella.

Las cosas cambian de precio, trasportándolas en el tiempo y en el espacio.

En estos trasportes se funda el comercio, de que hablamos en otra parte.

Un producto por el cual un día se da poco, otro día se busca ofreciendo mucho.

El que ha conservado ese producto para venderlo oportunamente, lo ha trasportado en el tiempo, salvándolo de un mal precio corriente que un día tuvo.

Si el dueño de aquel producto, el día que se ofrecía poco por él, hubiera dicho: las cosas valen lo que dan por ellas, y lo hubiera vendido mal, habría sufrido una pérdida por falta de cálculo.

Los productos también se trasportan en el espacio.

Lo que en un lugar vale poco, suele valer mucho en otro.

Una casa no se trasporta en el espacio, pero se trasporta en el tiempo; y hasta en el espacio se transportan algunas casas en los Estados Unidos, las cuales se llevan de un lugar á otro.

El valor de las casas es variable, como todos los valores.

La llegada de inmigrantes aumenta su precio.

La emigración las abarata.

La presencia de hombres de gusto, que saben estimar los objetos de mérito, aumenta el valor de bellos edificios.

Sólo puede decirse que el precio corriente de un día es omnipotente respecto de aquellos productos que no se pueden transportar en el tiempo ni en el espacio.

El que tenga frutas que se pudren, y que por lo mismo ni las puede conservar para mañana, ni llevarlas á otro lugar, quedaría sometido á lo que le den por ellas, aun cuando los gastos de producción sean muy altos.

Esas frutas valen indudablemente lo que dan por ellas el día de la oferta.

El precio corriente sube sobre el nivel del precio original, ó baja, según las circunstancias.

Se ha dicho y repetido, que los elementos del precio original son el valor del jornal, el interés del capital y la renta de la tierra.

Es menester añadir ahora que también debe calcularse la ganancia del empresario.

Nadie trabaja solamente por placer.

Todos trabajamos para reportar alguna utilidad.

Ninguna utilidad reportaría el empresario cuyos frutos le devolvieran sólo lo que pagó á los jornaleros, lo que ha pagado por el interés del dinero y por la renta del suelo.

Ese empresario necesita además, la recompensa de sus trabajos y fatigas.

Es indispensable, pues, que el precio corriente alcance para todo esto.

Si alcanza, el empresario queda satisfecho, y puede decirse que el precio corriente está al nivel del precio original.

Si el precio corriente sube aún más, estará sobre el nivel del precio original.

Entonces los productores que reciben pingües ganan-

cias redoblan sus trabajos y obtienen más cantidad de productos; y aun hay otros empresarios que los imitan.

La producción, pues, aumenta.

Inmediatamente que aumenta se abarata, porque crece la oferta y disminuye la demanda.

Entonces el precio corriente baja del nivel del precio originario, y los productores que antes hacían ganancias pingües sufren pérdidas.

Estas pérdidas hacen que las empresas se suspendan, y los productos escasean.

Inmediatamente que escasean, se vuelve á levantar el precio corriente, ¿por qué? porque hay poca oferta y mucha demanda.

En estos momentos el precio corriente no sólo vuelve al nivel del precio original, sino que le excede.

Esta alza y baja es continua.

Ella se verifica, no sólo respecto á los frutos que produce una nación para su consumo interior, sino también respecto de los que se producen para exportar.

Si en Inglaterra se consume mucho un producto americano, todas las naciones de América se esforzarán en producirlo; y aun cuando esta producción replete los almacenes de Londres, el precio corriente bajará indudablemente.

De aquí se deduce que no se puede contar siempre con un precio halagador, y que las naciones que sólo tienen un fruto de exportación, están expuestas á grandes conflictos.



CAPÍTULO V.

De la producción.

Producir no es crear.

Si producir fuera crear, ninguno sería productor, porque no se puede sacar seres de la nada.

La materia es inmortal, indestructible, y ninguna partícula de polvo puede perderse.

Los elementos de que se compone un cuerpo jamás perecen.

Dice Luis Búchner, hablando de la inmortalidad de la materia, que si se quema un pedazo de madera, á la vista queda destruido, pero que no es así, porque la balanza química demuestra que aquella madera, no sólo no pierde un átomo de su peso, sino que aumenta, porque toma algunas materias del aire.

Un gran filósofo, cuyos descubrimientos le costaron la vida, demostrando que la materia no se cría, que es eterna y que sólo cambia de forma, dice: "Lo que se siembra se convierte en yerbas, después en frutos, después en pan, jugos y nutrición, sangre, embrión, hombre, cadáver; después en tierra, piedra ú otro cuerpo sólido."

Shakespeare dice: "Muerto y convertido en barro el poderoso Julio César podrá tapar una grieta para desalojar de ella el viento."

El mismo añade: "El mortal que hizo temblar el mundo, puede hoy llenar el hueco de un muro y rechazar los rigores del invierno."

Cuando los economistas hablan de producciones, debe-

mos entender que tratan de dar utilidad á lo que ya existe, ó de aumentar la utilidad que tiene.

El hombre que caza, no cría las fieras que aprehende; pero es productor, porque les da utilidad.

El hombre que pesca, no cría los peces; pero también es productor, porque les da utilidad.

El que extrae los metales no los cría; pero es igualmente productor, porque les da utilidad.

El agricultor produce cuando desmonta, porque un terreno desmontado es útil, y de esa utilidad carece, ó no la tiene en tanto grado, el que está cubierto de malezas.

El agricultor produce aún más cuando abona el terreno, porque abonado es más útil que cuando sólo se le han quitado las malezas.

El agricultor produce cuando siembra, porque el terreno sembrado vale más que el que no lo está.

El agricultor produce aún más cuando recoge el fruto resultado de sus afanes.

Todo esto se verifica sin realizarse ninguna creación, y operándose naturales trasformaciones.

El comerciante produce cuando busca frutos en ajenas regiones y los trasporta á países donde se tiene necesidad de ellos.

El comerciante que recoge en América añil, café, grana, ébano y caoba, y los lleva á los mercados de Europa, es un productor.

Él no cría esas materias; pero les da valor trasportándolas en el espacio.

Las lleva de un sitio donde muy bajo precio tienen, á otro donde se venden en un alto precio.

La diferencia entre ambos valores se considera como producto del comerciante.

Es productor el que toma capullos de seda y forma los hilos que se emplean en las fábricas.

Es productor el fabricante que con esa seda hace preciosos tejidos.

Ni el que formó los hilos, ni el que hizo los tejidos produjo la seda, que es emanación de un gusano; pero le dió mayor valor á la seda, y ese mayor valor es una producción.

El que con mármol forma una Venus ú otra bella figura, es productor, no porque ha creado el mármol, sino porque le ha dado una forma que aumentó su valor.

Son muchas y muy variadas las formas del trabajo industrial: puede decirse que son infinitas; pero los agentes de la producción son pocos.

Pueden reducirse á dos: la materia y el trabajo.

Algunos economistas dicen que son tres: la materia, el trabajo y el capital: pero el capital es materia; y entonces los agentes de la producción quedan reducidos á dos.

No faltan quiénes agreguen un nuevo agente; la tierra.

Pero ésta es materia, y entonces quedan reducidos los agentes á materia y trabajo.

La tierra es también capital, y no hay motivo para formar de ella una diversa entidad.

Se pregunta cuál de las dos entidades, si la materia ó el trabajo, influyen más en la producción, y se responde que influyen igualmente.

Un célebre economista (Mill) dice que hacer esa pregunta equivale á interrogar cuál de las hojas de un par de tijeras contribuye más á cortar.

El trabajo material va siempre acompañado de la inteligencia humana.

Un jornalero simple é ignorante, tiene su corta inteligencia como guía de sus acciones.

La materia está sujeta á leyes que es preciso conocer.

Dice Bacon que saber es poder, porque el que más sabe más puede.

El trabajo es indispensable en todas las situaciones de la vida y en todos los grados de la civilización de los pueblos.

Aun cuando supusiéramos el paraíso que presenta el Génesis antes del pecado, el trabajo sería indispensable.

Se dice que el hombre estaba allí rodeado de frutas deliciosas, de las cuales le era lícito tomar, con excepción de una.

Imaginemos la existencia de ese paraíso y supongamos á un hombre venturoso que allí se hallara; éste tendría necesidad de buscar las frutas que más le gustaran; y al buscarlas trabajaría: hé aquí el trabajo en el paraíso terrenal.

Una vez encontradas tendría necesidad de cortarlas, y esto sería un segundo trabajo.

Cortadas, debería dividir las, lo que asimismo es un trabajo, y mover las mandíbulas para comerlas, lo cual también es trabajo.

De manera que el hombre aun en el paraíso del Génesis, antes del pecado, estaría condenado al trabajo.

Si aun en aquel jardín de delicias el hombre debía trabajar, con mayor razón estará sujeto al trabajo en el mundo real que se halla sometido á las leyes inquebrantables é ineludibles de la naturaleza.

Cuando el hombre siente alguna necesidad imagina el modo de satisfacerla, y calcula los medios de llegar á su fin. Este es un trabajo mental.

Hechos los cálculos se pone en movimiento y los ejecuta: este es un trabajo material.

Lo que el hombre se proporciona con el cálculo y el trabajo, unas veces basta para sus necesidades, otras veces no basta, y otras sobra.

Si basta, se llenaron las exigencias de hoy; pero quedan en perspectiva las de mañana: si no basta, es menester un nuevo trabajo intelectual y material para llenar el vacío.

Si sobra, el excedente puede conservarse para satisfacer las necesidades de otro día, con lo cual habrá un ahorro de trabajo y de fuerzas.

Hé aquí otro modo de producir: la conservación.

La conservación se considera como un género de producción.

Se cree que en un principio los cazadores aprehendían sólo lo que necesitaban; y que cuando volvían á tener necesidades, volvían á cazar.

El ejercicio de la caza los hizo hábiles en ella.

Se piensa que en el principio arrojaban piedras con la mano; y que después inventaron la honda, con la cual cazaron en mayor cantidad.

La destreza que en ella se tuvo, nos la presenta el capítulo XVII del Libro I de los Reyes, en el cual se cuenta que David disparó con la honda una piedra á Goliath, y que lo hirió mortalmente en la frente.

De la práctica surgió la idea de las flechas, con las cuales había más abundancia de caza.

La pericia en el manejo de las flechas la demuestra Aster, quien en el sitio de Metona hirió á Filipo, rey de Macedonia, con una flecha en la que se leían estas palabras: "Al ojo derecho de Filipo."

Perfeccionados los instrumentos de caza, ésta abundó.

La aglomeracion de ella produjo inventos nuevos.

Las pieles aglomeradas sugirieron la idea de conservarlas, y se abrió un nuevo ramo de riquezas.

El hombre, desde la vida salvaje, calcula en el día de mañana.

No está contento con el bienestar de hoy, si no sabe cuál será su suerte después.

Desea asegurar el porvenir y este desco le produce infinitas necesidades.

La prevision de lo futuro lo conduce á reservar una parte de sus productos.

Estos productos acumulados llevan el nombre de *capital*, del cual se hablará separadamente.



CAPÍTULO VI.

De la división del trabajo.

Adán Smith, en su obra titulada "Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones," presenta la división del trabajo como una de las causas principales del adelantamiento y perfección en las facultades productivas.

Sus doctrinas han sido repetidas por todos los economistas del mundo, y de ellas se han deducido importantísimas consecuencias.

Sin embargo, el eminente economista escocés, hablando de la división del trabajo, nada inventó.—No hizo más que poner de manifiesto leyes inmutables de la naturaleza, que antes no se habían expuesto con claridad.

Todos los negocios de la sociedad están divididos.

Lo están las ciencias y las artes.

La división comienza desde el gabinete del poder ejecutivo.

En él se ven ministros de diferentes ramos, porque cada uno de ellos exige conocimientos especiales.

Cuando se dice que los negocios de un pequeño Estado puede manejarlos un hombre solo, no se habla con exactitud.

Puede manejarlos un hombre solo, por la cantidad de ellos.

No puede manejarlos un hombre solo, por la calidad de los mismos.

Si se entregan á ese hombre negocios de diferentes clases, que exigen conocimientos diversos, los despachará muy mal.

Sería lo mismo que encargar á un zapatero que hiciera botas, armarios, pianos y uniformes militares.

Todo lo haría mal, menos las botas; y aun éstas serían imperfectas, por el tiempo que gastara en otras operaciones desconocidas para él.

Cuando se dice que á un ministro de Estado (relaciones exteriores,) conocedor de las diferentes ciencias que la materia requiere, debe recargársele con otras carteras, porque hay en el Estado pocos negocios diplomáticos, se incurre en un error.

Aunque en pequeños Estados, todo es pequeño y diminuto, las materias que se ventilan están sujetas á las ciencias, como lo están los asuntos de las naciones más pobladas y opulentas.

Si el ministro de Estado no tiene hoy cuestiones internacionales, las tendrá mañana.

Es preciso que esté listo y preparado para ellas.

De él depende muchas veces la guerra y la paz.

Su habilidad puede librar á la nación de su desmembramiento y de su ruina.

De aquí se deduce que se equivocarían los que quisieran suprimir á un buen ministro, porque no lo vieran todo el día con la pluma en la mano, ó los que desearan recargarlo con trabajos heterogéneos que jamás podrá despachar bien.

La economía de un sueldo puede producir las erogaciones de una guerra, ó la pérdida de una vasta extensión de territorio.

En todas las escalas sociales se encuentra la misma división.

Los sastres no son zapateros, ni éstos son herreros, ni los herreros ebanistas, ni los ebanistas marineros.

Si un hombre, si muchos hombres, si grandes sociedades abarcaran en un mismo taller todas las artes, no harían progresos en ellas.

No sólo se necesita la división del trabajo, separando las diferentes artes, sino también separando las diferentes operaciones de una misma manufactura.

Sin división del trabajo, dice Smith, un operario apenas podrá fabricar un alfiler todos los días.

Separando las diversas operaciones, que la construcción del alfiler exige, se pueden hacer millares diariamente.

Uno tira el metal ó alambre:

Otro lo endereza:

Otro lo corta:

Otro lo afila:

Otro lo prepara para ponerle la cabeza.—La formación de ésta requiere dos ó tres distintas operaciones.

El colocarla es otra operación particular.

Otra operación es el blanquear el alfiler.

Muy diferente operación es el colocar los alfileres en sus respectivos papeles.

De aquí deduce Smith que el negocio de hacer un alfiler viene á dividirse en diez y ocho ó más operaciones distintas.

El mismo autor asegura que vió, siguiéndose ese sistema, á unos pobres trabajadores hacer doce libras de alfileres al día.

En cada libra había más de cuatro mil de mediana magnitud.

Cuando un operario se encarga de una sola clase de trabajo, adquiere en ella una gran destreza.

En el ejemplo de los alfileres, el que sólo corta el metal ó alambre es más diestro en esta operación que otro operario que en su lugar se colocara.

Estando cada uno dedicado á un mismo género de operaciones, hay un grande ahorro de tiempo.

Calcúlese el tiempo que se pierde abandonando un operario un trabajo para comenzar otro de diferente especie.

El adelanto en destreza, dice el mismo escritor, hace que el artífice aumente la cantidad de obra que es capaz de producir.

Él añade: un herrero que por diestro que sea en el manejo del martillo, no se haya acostumbrado á hacer cla-

vos, si en alguna ocasión se ve precisado á hacerlos, hará pocos al día y estos serán de muy mala figura y formación.

Juan Bautista Say inculca las doctrinas de Smith sobre la división del trabajo, y en vez del ejemplo de los alfile-res presenta el de los naipes.

Dice que treinta operarios producen en un día quince mil quinientos naipes, es decir, más de quinientos naipes por operario, y añade que un solo operario, aunque fuese muy hábil, haciendo él solo todas las operaciones, no produciría dos naipes por día.

Garnier sostiene las mismas doctrinas, y presenta, para sostenerlas, el ejemplo de una fábrica de agujas.

Los ejemplos pueden ser infinitos, porque la división del trabajo se ve en todas partes.

Ahora mismo me ocurre uno.—Yo no he fabricado el papel en que escriben estas líneas.—Nos viene de fábricas extranjeras, donde domina la división del trabajo.

Tampoco he fabricado la tinta con que se escribe ahora. Ella ha venido del extranjero.

Han venido de allá la pluma de acero y el casquillo que en estos momentos se mueven para consignar los pensamientos.

¡Cuántas divisiones de trabajo supone todo esto!

Yo no escribo: dicto á un amanuense: hé aquí dos trabajos diferentes, ejecutados por distintas personas.

Un individuo lleva las cuartillas á la imprenta; un cajista levanta los moldes y saca las pruebas que se entregan al corrector, y después siguen todas las operaciones diferentes que conocemos, hasta darse doblado el papel y puestos los ejemplares en manos de los suscritores.

Si la misma persona que escribe tuviera necesidad de hacer papel, tinta, pluma, casquillo; si tuviera necesidad de consignar las letras con sus propias manos, de levantar los moldes, de hacer las correcciones, de imprimir, de doblar papel y repartir los ejemplares, seguramente no verían la luz pública estos pobres apuntamientos.

Dice Smith que las máquinas deben su origen á la división del trabajo, y lo demuestra con estos conceptos ú otros semejantes:

Cuando un hombre dedica toda su atención á un objeto solo, lo conoce perfectamente.

Empleándose un individuo en un ramo particular, encontrará pronto un método fácil de perfeccionar sus operaciones.

Una gran parte de las máquinas empleadas hoy, fueron en su origen invento de algún artesano.

Ese artesano, embebido siempre en una misma operación, dirigió todas sus fuerzas mentales á buscar un método fácil de perfeccionarla, y produjo una máquina.

Refiere Smith que en las primeras bombas de fuego que hubo, se ocupaba un muchacho en abrir y cerrar alternativamente la comunicación entre el horno y el cilindro, según ascendía ó descendía el émbolo; y que uno de esos muchachos, deseoso de ir á jugar, notó que atando una cuerda desde la extremidad del valbo ó puertecilla que franqueaba la comunicación á la otra parte de la máquina, el valbo podría abrirse y cerrarse sin asistencia, con lo cual quedaba el muchacho en libertad para ir á jugar.

De este modo, uno de los mayores adelantos que se verificaron en esas máquinas, se debió á la atención que les prestaba un chiquillo deseoso de irse á divertir un rato.

La división del trabajo produce el acopio de riquezas, el movimiento de ellas y el progreso universal.

La industria agrícola no admite en tanto grado la división del trabajo como la industria fabril.

El que ara, el que caza, el que siembra, el que recoge el fruto, puede ser uno mismo.

Sin embargo, la naturaleza ha querido marcar la división del trabajo aun en las empresas agrícolas.

Las estaciones varían, y á cada una de ellas corresponden diferentes trabajos.

Aun prescindiendo de esta división, suelen ser diferentes los operarios.

En las empresas de café no son los mismos los que aran y cavan, que los que cogen el fruto.

Tampoco son los mismos los que escogen y clasifican.

Son otros los que conducen el fruto al puerto, y otros diferentes los que lo embarcan y exportan.

Si de las artes pasamos á las ciencias, veremos en ellas la misma división.

Un hombre no puede ser al mismo tiempo médico, abogado, ingeniero, astrónomo.

Estas ciencias están divididas, y no basta la vida de un hombre para abrazar una sola de ellas con perfección.

Por lo mismo, en las grandes naciones hay especialistas; esto es, personas que poseyendo los conocimientos generales de una ciencia, se dedican con especialidad á un ramo de ella.

Hay médicos que se consagran á las enfermedades de la vista.

Otros se aplican á las enfermedades de los oídos, y otros á las que se presentan en otros órganos especialmente.

Aun se verifica la división en mayor escala, dedicándose un oculista, no á todas las enfermedades de los ojos, sino únicamente á las de cierto género.

Un hombre que, en un país grande, donde hay grandes hospitales y estímulos de todos géneros, se consagra noche y día al estudio de una sola enfermedad, llega á verificar en ella admirables progresos, que ilustran su nombre y le llevan clientes de muchas partes del mundo.

Esa reputación y esa clientela no son estériles; producen oro, y el especialista se considera feliz.

La división del trabajo da un sobrante de productos á los operarios.

Este sobrante acumulado busca el cambio, establece el tráfico y cría el comercio.

El que tiene una clase de manufacturas busca al que tiene otras, diciéndole: "Dame lo que necesito y te daré lo que te hace falta."

Smith dice que se proponen estas negociaciones, buscando la utilidad ajena, para obtener la propia. y que solo el mendigo pide para que le hagan gracia y merced.

Aquel eminente economista escribía en un país protestante, y bajo la atmósfera política y religiosa que en él se respira.

Los protestantes no tienen purgatorio, y no disponen, con la facilidad de los católicos, del reino de los cielos.

Un mendigo, en un país católico, no pide limosna pa-

ra promover su utilidad, sino para hacer bien al que se la dé.

Él la solicita para sacar de penas las almas de nuestros padres, de nuestros hijos, de las personas más queridas.

Él propone, pues, este negocio: un pedazo de pan ó una moneda en cambio de la salida del purgatorio, de las personas que más amamos.

Otras veces se nos pide para que algún santo nos dé la gloria.

La gloria eterna en cambio de un mendrugo, es un buen negocio: de manera que si en Inglaterra ó en Escocia se solicita limosna para que sea favorecido el que la pide, en los países católicos se pide para hacer bien al que la dé.



CAPÍTULO VII.

De lo que se opone á la división del trabajo.

A la división del trabajo se oponen la pequeñez y el aislamiento de los pueblos.

De manera que el mismo elemento que sirve para engrandecer á un pueblo, queda ahogado en él por la pequeñez y el aislamiento.

En una aldea, apartada del gran movimiento humano, un mozo de carga no puede vivir con solo el oficio de conductor, porque tiene poco que conducir.

Es menester que busque también otro oficio, en el cual encontrará las mismas limitaciones, que lo conducirían á buscar otro, y jamás tendrá uno solo al cual pueda dedicarse, y obtener las perfecciones que la división del trabajo produce.

En un país pequeño y aislado, el labrador tiene que ser á un tiempo portillero, aguador, carnicero, panadero.

“Los trabajos del campo, dice Smith, y los operarios de un lugar rústico tienen que aplicarse á todos aquellos ramos de industria semejantes, en los cuales se pueden emplear los mismos materiales y casi los mismos instrumentos.

Allí no puede haber distinciones.

El carpintero tiene que hacer mesas, carretas, sillas, armarios y cuanto con la madera puede construirse.

El que sólo hace clavos tiene necesidad, si se le conduce

á un lugar pequeño, de buscar otros ramos de industria, porque sus clavos no tendrán allí expendio.

De este mal se libran los países pequeños que tienen fáciles comunicaciones con los grandes centros de movimiento.

¿Qué importa al que sólo tiene clavos en una miserable aldea, que allí no halle en que emplearlos, si el vapor ó ferrocarril los puede fácilmente conducir á los centros de población donde hay necesidad de ellos?

Los países pequeños se elevan con el rápido contacto de los pueblos grandes.

De manera que es una condición indispensable el aislamiento para su prolongada pequeñez.

La historia de todos los tiempos nos demuestra que las naciones más cultas y civilizadas fueron las que más fáciles vías de comunicación tenían.

Florecieron los países que se extendían sobre las costas del Mediterráneo.

Floreció el Egipto por las facilidades que á su comercio y movimiento da el Nilo.

Floreció Holanda, porque á su movimiento se presta no sólo el mar, sino el Rhin y el Mosa.

Las manufacturas de China deben su progreso á varios brazos de grandes ríos, cuya comunicación fomenta el tráfico interno.

El aislamiento es una de las primeras causas de la miseria.

A él se atribuye la barbarie que ha existido en todas las partes interiores del África.

A él se atribuye también la ignorancia que se ve en algunos lugares de Asia.

Si en los países pequeños y aislados no puede dominar, en las artes, la división del trabajo, tampoco puede dominar en las ciencias.

En un país pequeño no puede haber especialistas, porque se morirían de hambre.

Si un médico se dedica á enfermedades de los ojos, apenas encontrará, en todo el país, dos ó tres enfermos de la vista que puedan pagarle.

Dos ó tres clientes no bastan para sustentar al especia-

lista, y tiene necesidad de perecer de miseria ó de dedicarse á todos los ramos que la medicina abraza.

Muchas veces ni aun así puede vivir cómodamente, y se aplica al comercio, á la agricultura ó alguna otra industria.

Desde ese momento la medicina es para él un asunto secundario, ó uno de tantos de los que tiene á su cargo, y no le presta la atención continua que esta vasta ciencia demanda.



CAPÍTULO VIII.

Del trabajo productivo y del improductivo.

Adán Smith dice que hay trabajo improductivo.

Juan Bautista Say asegura que todo trabajo es productivo.

¿Quién de estos dos hombres eminentes tendrá razón?
Veamos sus fundamentos.

Dice Smith que hay una especie de trabajo que añade algún valor á la materia, y que este trabajo es productivo.

Asegura que hay otro trabajo que no añade valor alguno á la materia, y que este trabajo es improductivo.

El escritor escocés presenta ejemplos.

Dice que el trabajo de un artesano en una manufactura añade algún valor á los materiales en que trabaja; y que el trabajo de un criado doméstico no añade valor alguno á nada.

Según Smith, hay trabajo que no se fija ni se realiza en una materia permanente ó en una mercadería vendible, que dure algún tiempo después de concluido el trabajo.

Entonces aquel trabajo no se puede dar en cambio de otro, y por lo mismo, no es productivo.

En este caso coloca el trabajo de un actor dramático, que nada deja después de su declamación, y el de una cantarina, que nada deja después de su canto.

Es menester tener presente que la obra de Smith trata de la riqueza de las naciones.

El autor llama productivo lo que enriquece á la nación, y no productivo lo que ninguna riqueza le atrae.

Adán Smith no podía ignorar que los sirvientes domésticos reciben retribuciones por su trabajo, y que, por lo mismo, aquel trabajo es productivo para ellos.

No podía ignorar que un célebre actor se hace rico, ni que una cantarina célebre va de Londres á París, enriquecida y colmada de valiosos presentes de los príncipes y de los grandes.

De manera que cuando Smith presenta como improductivo el trabajo del sirviente, del actor y de la cantarina, indica que con ese trabajo la riqueza nacional no aumenta.

Juan Bautista Say, y otros hombres de su escuela en este punto, como Garnier, sostienen que en todos conceptos todo trabajo es productivo.

Ellos dicen: un médico, un abogado producen una utilidad que satisface necesidades y que se puede vender.

No hay, dicen, ningún trabajo improductivo, fuera del trabajo absurdo de un loco.

Es penoso tener que dar opiniones propias cuando se trata de discrepancias entre los sabios.

Pero todos tenemos derecho de pensar, y el que tiene derecho de pensar lo tiene también de externar sus pensamientos.

Esta facultad es inherente á los derechos del hombre.

La declaratoria de estos derechos fué una de las grandes victorias de la revolución de 1789.

No creo que un médico sea siempre productor, aunque el médico trabaja siempre que ejerce su profesión.

El médico que sana á un enfermo produce la salud, y es el origen de todos los productos de la persona á quien ha sanado.

Pero el médico que mata, nada produce para la nación.

Producirá honorarios para él, que hará efectivos inmediatamente que el cadáver sea conducido al panteón.

En concepto de algunos hombres inteligentes, la medi-

cina está todavía muy atrasada, y aun en Europa muchas defunciones vienen de los errores de los médicos.

Los monjes trabajan y no producen.

Los monasterios consumen el trabajo ajeno.

Es un trabajo leer el Breviario; lo es rezar en el coro é ir al refectorio; pero este trabajo nada produce que pueda cambiarse por otro trabajo.

Los monasterios mendicantes absorben el trabajo del pueblo y lo consumen.

Isabel la católica trabajó mucho para expulsar á los judíos de España, y ese trabajo es una de las causas del empobrecimiento de la nación española.

Felipe III trabajó mucho para expulsar á los moriscos, y el resultado de ese trabajo fué la continuación de la ruina de España.

Los inquisidores durante el reinado de la casa de Austria, y parte del reinado de la casa de Borbón, trabajaron mucho.

De sus trabajos nos habla Llorente en su historia de la Inquisición; y aquellos trabajos dieron por resultado la continuación de la ruina de España.

Víctor Hugo dice que ascienden á cinco millones las víctimas de la Inquisición inmoladas en las hogueras.

Yo desearía saber si ese trabajo es productivo.

Dice Filangieri que un millón y doscientos mil hombres formaban en su tiempo el estado ordinario de las fuerzas de Europa cuando el mundo estaba en paz.

Esta gente trabaja, porque los ejercicios militares son un trabajo como cualquiera otro.

Sin embargo, el mismo escritor añade que este millón y doscientos mil hombres estaban destinados á despoblar la Europa con las armas en tiempo de guerra, y con el celibato en tiempo de paz.

Ese millón y doscientos mil hombres se apartan de la agricultura y de todas las industrias productivas que enriquecen á los pueblos.

Dejan, pues, de ser productores para ir á la clase de consumidores.

Los judíos expulsos de España, sólo dejaron de producir.

Los moriscos expulsos de la misma nación, sólo dejaron de producir, y con esto se hizo un gran mal al país.

El mal habría sido mayor si en vez de salir de la Península, hubieran permanecido en ella, ya no con el carácter de productores sino en calidad de consumidores.

El mal de los ejércitos permanentes es doble, porque no sólo dejan de producir un millón y doscientos mil hombres, v. g., sino que este gran número de gente se convierte en consumidora.

Ni Grecia, ni Roma tuvieron en lo antiguo esos ejércitos permanentes.

No los tuvo Filipo, ni Alejandro, ni Aníbal, ni Carlomagno.

Son una creación de la edad moderna.

Luis XIV aumentó su ejército y puso en moda la célebre máxima: "Si quieres la paz prepara la guerra."

Estos ejércitos han paralizado el progreso y producido languidez.

El mal se palpa y muchas veces se ha tratado de un desarme general.

Los ejércitos permanentes de que habla Filangieri, aunque trabajan entre los límites de la disciplina militar, en vez de producir consumen la riqueza nacional.

Podrá decirse que desde un punto de vista son productores: que lo son porque producen la seguridad nacional, fuente de todos los bienes.

Dada la situación europea, eso es una verdad.

Si un ejército permanente por una parte mengua la riqueza pública, por otra defiende lo existente; pero si las naciones de Europa no estuvieran siempre en acecho unas de otras, esos ejércitos no serían necesarios.

El derecho y no la fuerza conservaría la seguridad de los estados europeos, y los hombres que con las armas en la mano consumen el trabajo ajeno, estarían dedicados á producir valores.

Los Estados Unidos pueden considerarse hoy no sólo como la primera nación de América, sino como una de las más admirables del planeta, y no tiene esos ejércitos permanentes.

"Su equilibrio, dice un periodista, no está en las bayo-

netas: su apoyo no está en la cerviz del soldado autómatas; su respeto no está en el filo de las espadas de los generales, su prestigio no se lo dan el brillo de los galones, ni la audacia de quienes los llevan.”

La prosperidad de los Estados Unidos no tiene igual.

Las demás repúblicas del Continente no saben qué hacer con el déficit, y todos los días aumentan los impuestos existentes y crían otros.

El presidente de los Estados Unidos dice á las Cámaras que no sabe qué hacer con el sobrante que hay en la tesorería nacional, á donde cada 24 horas entran valores que exceden de un millón de pesos fuertes.

En aquel país venturoso se medita en disminuir los gravámenes que el pueblo tiene; y en las repúblicas hispano-americanas se medita en imponer al pueblo más gravámenes.

Este resultado tan palpable debería llamar mucho la atención de estos gobiernos.

En este capítulo sólo hablo del trabajo productivo é improductivo; y no puedo extenderme más sobre la antítesis que presentan los Estados Unidos y las repúblicas hispano-americanas.

En cada capítulo de estos apuntamientos se irán viendo detalladamente las grandes diferencias entre el sistema económico de aquel gran pueblo, y de estos pueblos.

Volveré ahora á hablar de los ejemplos que presenta Adán Smith para sostener que hay trabajo improductivo.

El actor dramático nada deja después de una representación: la cantarina nada deja después de una aria.

A esto contestan los sostenedores de que todo trabajo es productivo, que la representación y el canto no sólo producen al actor y á la cantarina, lo cual no niega Adán Smith, sino también á la nación entera, en lo cual Smith no cree.

Dicen los partidarios de que todo trabajo es productivo no sólo para el individuo sino también para la nación, que ese representante y esa cantarina desarrollan la riqueza nacional.

Sostienen esos asertos de la manera siguiente: el teatro es un placer instructivo: todo placer instructivo mejora al

pueblo; y en tal caso, debe considerarse como una riqueza.

Agregan que el lujo que se exhibe en el teatro, además de ser grato para las personas que lo ostentan, consume productos cuyos valores circulan en el pueblo.

Afirman que en las naciones opulentas las grandes riquezas están acumuladas en pocas manos: que los poseedores de ellas no las ponen en movimiento, y que es preciso obligarlos á gastar por medio de espectáculos públicos, que hagan circular el oro y la plata.

Todo esto es verdad; pero estas verdades no demuestran todavía que todo trabajo es productivo.

Muchos expositores se escandalizan porque Smith dijo que es improductivo el trabajo de un sirviente doméstico.

Contestan que ese trabajo permite que el amo, desprendiéndose de pequeñeces, se entregue á trabajos productivos.

Así es muchas veces; pero no siempre.

No siempre el amo es un productor.

El amo suele ser un hombre inútil; uno de esos hombres desgraciados á quienes las leyes de Licurgo condenarían á muerte por su inutilidad.

Los sirvientes de esos hombres, prolongándoles la vida, ejercerían un trabajo tan evangélico, como improductivo para la nación.

El canto no siempre es productivo para la nación ni para el que canta.

Puedo presentar ejemplos.

Me he encontrado algunas veces en el mes de agosto en París.

El calor obliga á buscar paseos nocturnos al aire libre, y los asientos de los Campos Elíseos están llenos de gente.

Mujeres jóvenes y pobres se presentan allí para divertirse con su canto y pedir en seguida la retribución del trabajo.

Algunas veces cantan muy mal, y ni por su figura tienen atractivos.

Esas jóvenes trabajan cantando; pero no producen pla-

cer con un canto que todos los espectadores desean apartar de sus oídos.

No producen dinero, porque no habiendo agradado, nadie se los da.

Se retiran después de trabajar, sin haber producido con su trabajo ni para la nación francesa ni para ellas mismas.

El que haya estado en Nueva York en los meses de verano, habrá visto infelices músicos que trabajan sin producir ni para los Estados Unidos, ni para ellos mismos.

Muchas veces se ven reuniones de personas por la noche en la plaza de la Unión, cerca de la estatua ecuestre de Washington.

A esas reuniones se acercan infelices italianos que van tocando un órgano.

Aquella música fastidia y molesta, y los concurrentes procuran apartar al músico, que se va sin un centavo.

Afligido por su derrota, se dirige á otro círculo, que se halla cerca de la estatua del General Lafayette, y obtiene el mismo resultado.

Va á buscar á los que se hallan más allá, en torno de la estatua de Abraham Lincoln, y su condición no es allí mejor.

Aquel infeliz se retira desairado y sin un centavo.

Yo pregunto si el trabajo de haber tocado tres veces, fué productivo para los Estados Unidos, ó siquiera para el infeliz que trabajó.

Cualquier proyecto imprudente y malogrado en la agricultura, en las minas, en el comercio, en las manufacturas, puede considerarse como improductivo, porque aunque muchas personas saquen utilidad de él, disminuye los fondos destinados para el trabajo productivo.

Un capital que no se maneje bien, puede expendirse en manos productivas, pero va en decadencia; y aquella porción de caudal que hubiera aumentado los fondos productivos de la sociedad, desaparece.

Bien manejado, no sólo se expende en manos que pueden ser productivas, sino que él mismo va aumentando los fondos productivos del país.

Los sostenedores de que todo trabajo es productivo dicen que sólo un loco no produce trabajando.

Les basta esta confesión para quedar vencidos.

Aunque no es cierto que el loco trabajando jamás produzca, el ejemplo habría servido mucho á Adán Smith, si se le hubiera presentado, para sostener sus doctrinas.

No es siempre improductivo el trabajo del loco.

Algunas veces da golpes donde estos se necesitan, y produce por casualidad, como tocaba la flauta el burro de la fábula.

El trabajo del loco, generalmente hablando, es improductivo.

¿Por qué?

Porque no está guiado por la razón.

De aquí se deduce que, aunque el trabajador no sea un loco, el trabajo será improductivo si no lo guía la razón.

La guía de la razón falta no sólo porque un individuo ha perdido el juicio, sino también por ignorancia, por error y por malicia.

El ignorante que no conoce las leyes de la naturaleza, y pretende contrariarlas, trabaja con tan poco éxito como el loco.

El que conociendo algunas de esas leyes no las sabe aplicar, porque le han sugerido ideas equivocadas acerca de las propiedades de algunos cuerpos sobre los cuales debe operar, trabaja también con tan poco éxito como el loco.

El encargado de un trabajo ajeno, que, conociendo lo que debe hacer, no lo practica por malicia, trabaja sin dar productos.

Los españoles durante trescientos años buscaron, algunas veces, oro en la Alta California, y su trabajo fué improductivo.

El mismo trabajo solían hacer los mejicanos desde el año de 21 hasta el de 47, y sus trabajos no daban productos, y fueron abandonados.

Los norteamericanos anexaron á California, y descubrieron terrenos auríferos que produjeron oro en abundancia.

Sólo en 1853 esos productos pasaron de trescientos millones de pesos.

El oro de California fué tanto, que hizo bajar en el mundo el valor de aquel precioso metal; como cuando se descubrió la América.

California, que antes de su anexión á los Estados Unidos no tenía más que cuarenta y cinco mil habitantes, en 1854 tuvo cuatrocientos mil.

Los trabajos de los americanos en California, han transformado el Continente, y ejercido una grande influencia en el mundo.

A ellos se debe el ferrocarril entre Colón y Panamá, y las comunicaciones por vapor entre San Francisco y Nueva York.

A ellos se debe la gigantesca empresa del gran ferrocarril que atraviesa toda la América del Norte.

Nada de esto tendría el mundo sin la anexión de California á los Estados Unidos.

La Alta California sería lo que hoy es la Baja California, en la cual se trabaja sin éxito.

Yo no digo que el trabajo que hoy existe en la Baja California, sea totalmente improductivo; pero puedo asegurar que no corresponde á los elementos que aquella península encierra.

Se halla situada entre el Grande Océano y el Golfo de California ó Mar Bermejo.

Su extensión son mil ciento cincuenta kilómetros de largo y ochenta en su ancho medio.

Tiene sitios de extremada fertilidad.

El suelo encierra minas de oro, plata y mercurio.

Allí se encuentran piedras preciosas, mármoles, yeso, azufre.

En tiempo del gobierno español los jesuitas se establecieron allí y la Baja California no prosperó.

Después de la expulsión jesuítica, hecha por Carlos III, se establecieron en la Baja California los dominicanos, y dieron el mismo resultado.

Todavía se ve allí gente salvaje.

Si la Baja California llega á pertenecer á los Estados Unidos, el trabajo inteligente de los americanos en aquel

territorio donde abunda el oro y la plata y otras muchas riquezas, dará el mismo portentoso resultado que en la Alta California:

En algunos Estados de la república mejicana, como el de Guerrero, se dice que se camina sobre la plata; pero los productos no corresponden á las riquezas allá enteradas.

Cuando un propietario fracasa en una empresa, por mucho que haya trabajado, en vez de productos tiene pérdidas.

El trabajo no sólo fué para él improductivo, sino destructor.

Muchas veces la sociedad no se resiente con el fracaso de algunos empresarios, porque el mal queda compensado con el buen éxito en los trabajos de otros empresarios.

Sin embargo, en países pequeños, donde la habilidad de muchos pequeños capitalistas no alcanza para compensar el fracaso de grandes capitales, el mal se hace sentir por todas partes.

Se dirá que la quiebra de un empresario, de un minero, v. g., es productiva, porque él ha pagado á los trabajadores, haciendo circular valores; porque ha comprado cuanto para las minas necesitaba, haciendo circular valores y poniéndolos en movimiento.

Es verdad, pero el capital del minero se ha agotado, y ya no puede continuar enriqueciendo trabajadores; ya no puede hacer compras que pongan fondos en movimiento. Se agotó la fuente de riqueza; y este agotamiento es un infortunio.

Si el minero trabajando de continuo hubiera suspendido sus labores, al comprender que eran para él estériles, habría conservado un capital que puesto en movimiento hubiera sido una fuente de riqueza.

Si el minero trabajando, no empíricamente, sino con los profundos conocimientos que la ciencia y el arte exigen, hubiera encontrado vetas minerales y de ellas se hubieran extraído metales preciosos, se habría conservado aquella fuente de riqueza.

No sólo se habría conservado, sino producido un grande aumento.

Cuando el trabajo no es guiado por la razón, no puede dar productos.

El viejo sistema de gremios y de maestranzas impidió en Europa el desarrollo de la industria fabril.

Esos gremios fueron un trabajo no sólo improductivo, sino perjudicial.

Los economistas modernos, viendo los fatales efectos que aquellos gremios y maestranzas produjeron, los han analizado prolijamente y han dicho que se oponían á la razón.

El uso que hicieron los españoles del oro y la plata que les fué de América, les dió malos resultados.

Examinado hoy ese uso, conforme á los principios de la ciencia económica, resulta que no fué conforme á la razón, guía suprema del género humano.

A fines del siglo IX hubo en Europa una carestía tal, que un medio de grano costaba sesenta sueldos de oro.

De esa carestía presentan los historiadores terribles recuerdos.

Ella debe ser una grande enseñanza, no sólo para los economistas, sino para todas las personas que se dediquen á las ciencias sociales.

Después que se agotaron las raíces, la greda y los alimentos más repugnantes, la gente se comía á los niños.

Hubo lugar, dice César Cantú, en que se vendiera en el mercado carne de niños.

El reo negó el hecho y fué quemado vivo.

Un hombre hambriento fué por la noche á desenterrar los pedazos y se los comió.

En una cueva, cerca de Macón, se encontraron cuarenta y ocho cráneos.

Las personas caían muertas por las calles, y los lobos, atraídos por la acumulación de cadáveres, despedazaban á los moribundos.

Hé aquí el cuadro más espantoso que puede presentar la miseria.

El está precedido por una serie de trabajos improductivos.

La política universal consistía en asegurar las fronteras,

venciendo y convirtiendo á los hombres á quienes se daba el nombre de bárbaros.

Entre tanto se luchaba en el interior de los pueblos contra las pretensiones de los feudatarios, de los obispos y de los papas.

Los reyes elevaban á los beneficiados legos y eclesiásticos, y prodigaban inmunidades.

De aquí nació el feudalismo y la elevación de los eclesiásticos á señores temporales.

Se extendió la simonía y vino la guerra entre el sacerdocio y el imperio.

Con estos antecedentes puede muy bien explicarse el hambre que affligió á la Europa á fines del siglo IX.

Dice Castelar que el siglo X se marca por el terror religioso.

Laurent en sus estudios sobre la historia de la humanidad se expresa así: "La aristocracia episcopal parece omnipotente en los siglos IX y X; hace y deshace reyes y funda reinos."

Entonces para infundir terror se hizo creer á la gente que el mundo debía concluirse el año 1000.

Se recordaban doctrinas que se habían predicado sobre que el reinado de Cristo era milenario.

Se hizo general la opinión de que el fin del mundo venía ya, y cesaron los trabajos productivos, para abrir vasto campo á los improductivos.

La gente abandonaba sus faenas cotidianas para acudir en tropel á los templos, donde los rezos eran continuos.

Se hacían procesiones de imágenes de santos, tributándose mayores homenajes á las que representaban personajes más milagrosos.

Se exhumaban reliquias de mártires, y se les exponía con pompa á la pública veneración.

Todos estos eran incesantes trabajos.

Los monasterios se multiplicaban, y casi toda la gente pretendía entrar en ellos.

Jamás se ha visto mayor número de monjes ni de monjas.

Guillermo I de Normandía quiso encerrarse en un mo-

nasterio, y fué rechazado por el abad, porque ya no había lugar en el convento.

Entonces Guillermo se cubrió de cilicios, y se puso una capucha en la cabeza, con la cual siempre se presentaba en público.

Casi todos los moribundos dejaban sus bienes á las iglesias, para que éstas les dieran en cambio la vida eterna.

Esa suspensión de trabajos productivos y ese cúmulo de trabajos improductivos, dieron por resultado la decadencia y la miseria de los pueblos.

Llegó el año de 1000, y el terror fué en aumento; pero al fin concluyó ese año tan temido, sin que se cumplieran las profecías de los milenarios.

Al terminar el año, los fieles cristianos quedaron asombrados de verso vivos y de encontrar todo el universo como siempre.

Entonces comprendieron que habían sido poco provechosas sus penitencias.—Desconfiaron de sus directores espirituales, y comenzaron los trabajos productivos con los cuales se operó una verdadera regeneración.

